

—“Parte á tus vergeles fríos
Que bien lejanos están,
Y deja los campos míos
Que tal vez ¡ay! tus desvíos
La muerte son del sultan.

“Me dejaste, nazarena,
Vé á orar por mí ante tu cruz:
Tu ausencia me causa pena . . .
¿Qué haré sin mi luna llena?
¿Qué hará el Oriente sin Luz?”

Octubre 15 de 1850.—LUIS G. ORTIZ.

EL POETA.

A MI AMIGO MÁRCOS ARRÓNIZ.

EN medio del sordo bullicio del mundo, en el choque de las sociedades, en el tumulto de las pasiones, de los odios; entre la gritería confusa de la ambición, de la tiranía, del interés, en ese conjunto informe de carcajadas de estupidez, de risas locas, de sollozos de los que sufren, hay un acento que resuena bello y tranquilo, hay una voz que dominando el clamor insensato de la multitud, cautiva sus oídos y conmueve sus corazones; hay un canto armonioso que sobrevive á las generaciones, que pasa sonoro y eterno á las edades futuras; esa voz, ese acento, ese canto, es del *poeta*.

El poeta aparece siempre como superior á la humanidad; en su frente brillan purísimas las luces del génio, sus miradas son de fuego, el entusiasmo se pinta en su semblante. Ninguna inteligencia como la suya tiene facilidad para comprender grandes verdades; la naturaleza es para su mente una rica y elocuente revelacion; las flores y las cascadas; las aves y los torrentes; las montañas y el rayo, hablan al poeta en un idioma sublime que él solo comprende. El poeta pasa por la sociedad como una ave perdida, suele seducirla ó estremecerla con sus cantos; pero atrevido y valiente la arranca su careta, la revela su espantosa deformidad, é impasible desprecia el odio y la persecucion insensata de sus contemporáneos, porque comprende que es grandiosa su mision, que no viene al mundo á halagar las pasiones, ni á inclinar su frente á los errores, sino á ensalzar la verdad por desagradable que sea á los que la escuchen.

Degenerada la raza humana de su celeste origen; destinada en espiacion de su culpa á recorrer una senda árida, sembrada de abrojos, Dios quiso endulzar sus infortunios, quiso iluminar con su espíritu á algunos hombres, y envió el soplo de la *poesía*, para que encendiera el pecho de unos cuantos seres escogidos, para que iluminara algunas inteligencias y consolara algunos corazones.

Inflamado el poeta con el soplo de Dios, prorumpió en cantos llenos de vigor y de armonía; esos cantos brotaban de una alma fecundada por la inspiracion, como brotan espigas doradas las llanuras fecundadas por la lluvia, como las rosas eshalan galanas sus perfumes al recibir los rayos purísimos del alba.

Abandonada á un destino de fierro caminaba entre tinieblas la pobre humanidad: escuchaba el mugido del oceano y sentía miedo, la asustaban el gemido de las selvas y los ecos todos de la naturaleza. Gritos salvages, rumores siniestros, era todo lo que escuchaban los pueblos. Pero de repente resuenan en los bosques las cuerdas de una lira, se escuchan los concertos melifluos de una flauta; y la voz del hombre, dulce, blanda, llena de ternura y melodía derrama el sentimiento en medio de una turba semi-bárbara que casi adora como dioses á los que tienen ese misterioso poder de producir un generoso entusiasmo, de dar al corazon una esperanza, de arrancar de la pupila un llanto dulce que deja el pecho tranquilo y sosegado.

Canta despues Homero la ruina de Ilion, canta la cólera del hijo de Peleo, y la Grecia entera escucha atónita tantas reglas de sabiduría, admira tantos y tan hermosos sentimientos, tan brillantes descripciones; y Homero anciano y ciego, pasa por el mundo como fugaz meteoro; pero deja una huella de luz que jamas se extinguirá, que conmoverá siempre el pecho del hombre, que inflamará su imaginacion.

En las regiones felices de la Judea, en las cumbres del Oreb y del Sinaí, precedida de la voz solemne del Señor, se escucha la voz de otro poeta inspirado por el cielo. Moises cuenta al mundo la historia de la creacion; rasga el velo que oculta lo pasado, deja una antorcha que alumbre el porvenir, y lega al género humano un código de amor y de misericordia. El hombre que mira brotar los mundos de la nada al soplo de Dios, el que narra la historia del Eden, el que derrama en Egipto desoladoras plagas, el que hace brotar agua de las

rocas duras y bajar el maná del cielo, el que abre un camino al pueblo escogido en el mar Rojo era el mas grande poeta del mundo.

Y en Israel cuántos vates inspirados de Dios! Escuchad los cantos sublimes del Rey Poeta, del valiente y ardoroso jóven que da muerte á Goliad, del que cómprende las eternas verdades y se enciende en amor divino, y comete culpas y las llora arrepentido. ¡Qué verdad en los afectos, que ternura en el sentimiento, que sencillez en la espresion se nota en todos los salmos! La voz de los profetas todos, es de poetas que miran el porvenir, que sufren y que lloran al contemplar los errores y los infortunios de la humanidad. Los males de la sociedad, las llagas horribles de las naciones, tienen siempre cierta influencia en el canto del poeta. En ese libro de Job se encuentra el escepticismo, la duda y la desesperacion del infortunio, espresados con todo el horror, con toda la melancolía profunda que respiran las obras de nuestra época . . .

Pero alejándonos del pueblo hebreo, por donde quiera hallaremos los encantos de la poesía, y siempre el poeta aparece grande, noble y elevado. Su voz es la de la inspiracion, sus sentimientos son delicados, y siempre encanta, siempre conmueve, siempre causa profundas y duraderas impresiones.

Anacreon recreándose con los placeres sencillos del campo y cantando la inocencia de los pastores; Safo y Corina, espresando todo lo que sufre el corazon sensible al embate terrible de las pasiones; Virgilio pretendiendo imitar á Homero; Juvenal lanzando el anatema de la virtud sobre los crímenes de la crapulosa Roma; Sófocles y Eurípides presentando á sus compatriotas el ejemplo de hechos heróicos y dándoles leccio-

nes de moral por medio del horror ó del entusiasmo que en ellos producian las mas grandes catástrofes de sus antepasados, y otros mil cantos enérgicos, espresivos, viven y vivirán siempre como resto inmortal de aquellos pueblos civilizados. Pero en las regiones á que no alcanzó la civilizacion griega ni romana, tambien hay poetas, porque la poesía no es el resultado del refinamiento de la inteligencia, es la emanacion natural del sentimiento, es la precursora de la suavidad de las costumbres, es la que prepara la union de los afectos, el vínculo de amor que liga al género humano. Habia poetas en las regiones del Norte, el *Elda* es el monumento de una poesía terrible, nebulosa, llena de energía y de ardimiento, porque es la poesía de pueblos libres, cuyo único oficio era la guerra. Entre los Druidas y los Bardos ya hay mas dulzura, mas esquisita sensibilidad, aunque esos vates tambien eran soldados, tambien cantaban en medio de batallas sangrientas, y su voz servía para ecsaltar á la multitud contra los enemigos de la patria . . . En el Gorseddán brillaban las espaldas del bardo y del ovado, se respiraba un espíritu marcial, pero la poesía tenía entónces un encanto de ternura y de sensibilidad semejante á las de Ossian, á ese bardo famoso, á ese Homero de las escarpadas montañas de la Escocia.

En el mediodía, la poesía participa de las bellezas naturales, de la claridad del cielo, del ardor del astro del día, de la profusion de flores y de perfumes, de la voluptuosidad de las mugeres de ojos lánguidos y seno palpitante. Esa es la poesía de los árabes, poesía en que el sentimiento es vehemente, pero en el que hay algo de mera sensacion. Gran parte del atractivo de esa poesía consiste en lo deslumbran-

te de las formas, en lo armonioso de la dición, del mismo modo que la belleza arquitectónica de Oriente consiste en la esplendidez de los detalles, en esos prodigios ejecutados sobre piedra con tanta facilidad como los bordados y el dibujo. En este otro lado del Océano, también las razas valientes que constituían repúblicas é imperios, tenían vates guerreros y poetas filósofos. Netzahualcoyotl, era el cantor épico del Anáhuac, y es lástima que la barbarie de la conquista nos prive de poder estudiar una poesía primitiva y llena de originalidad.

No ha habido nación sin poetas, no ha habido pueblos sin vates, como no hay bosque sin flores, como no hay desierto sin palmeros. Cada siglo ha escuchado el canto de algún poeta y cada generación ha recibido consuelos y esperanzas, ha sentido necesidades morales, necesidad de fé, de amor, de compasión. . . . y estos sentimientos han sido la obra del poeta.

Las revoluciones conmueven el mundo; las naciones se agitan, las sociedades nacen, crecen, desaparecen, se constituye la Europa moderna, sujeta á continuos cambios, y en medio de esa mezcla de razas, de esa confusión de costumbres, de ese enjambre de usos, de preocupaciones, de pasiones y de errores distintos, solo la poesía aparece con alguna uniformidad. Los trovadores recorren el mundo cantando á Dios y á la muger: el cielo y el amor, la gloria y la libertad, y la analogía del sentimiento es tal que todos esos poetas se valían de una misma lengua (1). Al renacer la literatura y las ciencias y al derramarse la civilización por la Europa, cada

(1) El provenzal.

pueblo tiene algún poeta; y la Italia marcha á la cabeza de ese movimiento grandioso de la inteligencia.

Desde entónces el poeta es ya filósofo y moralista. Estudia los arcanos del corazón y se afana por lograr la perfección del género humano. Desde entónces también comienza ese tono de tristeza profunda, esa amargura desgarradora, ese lamento del infortunio, de la sensibilidad, del desengaño y del desencanto. Las más bellas ilusiones eran quimeras. El Dante sufre horribles persecuciones, y el Dante, terrible, imponente, magestuoso, visita con su génio los infiernos para contar al mundo los castigos eternos reservados al vicio y á la iniquidad. El Tasso, esa alma pura y tiernísima, ese corazón que tanto amaba, encuentra la burla del mundo que lo cree loco porque sabía amar. . . .

Y este carácter de dulzura y de tristeza, de desaliento y de sentimentalismo se ha ido transmitiendo con más ó menos vigor, y participando de los caracteres distintivos de cada época hasta los poetas de nuestros tiempos.

El poeta, que comprende y adora lo bello, que es el intérprete fiel de la naturaleza, que en alas del espíritu se eleva á la morada de los arcángeles, que produce blandas emociones, que hace palpitar de ternura el corazón, que reanima la esperanza y la fé, que canta el valor y el heroísmo, que condena á los tiranos, que revela á la sociedad la causa de sus males, este ser privilegiado, con su inteligencia superior, con su imaginación de fuego, con su culto por todo lo grande, es casi siempre desgraciado porque jamás encuentra realizados sus deseos, porque no halla lo que anhela con afán: un poco de amor, un poco de gloria. . . . El mundo en que penetró,

aplaude los cantos del poeta, que repite su nombre de pueblo en pueblo: el mundo, á pesar de esto, no comprende el génio, ni el corazón del poeta. Suele   veces ofrecerle oro y honores; pero  qu  es esto para el verdadero poeta? Nada. El vate siente latir su corazón, anhela la relación sublime del espíritu, los goces purísimos del alma, y solo halla indiferencia,   necia estimación.

Parece que los poetas son seres caídos de otra región, que un tiempo gozaron de c licos placeres, y que al cruzar la tierra conservan un recuerdo vago de una felicidad perdida que buscan con vehemencia.  C mo l  han de encontrar? Cantan el amor, la gloria, la virtud; viven en medio de una sociedad en que cada individuo solo se ama   sí mismo, en que la fama es una quimera, en que las virtudes son solo palabras, en que la duda reina en los espíritus.  Pobres poetas!

No envidi is jamas el lauro del poeta, aunque sus obras os conmuevan, aunque arranquen lágrimas de vuestros ojos, porque él sufre y padece, como el desterrado, como el proscrito.—So aba amores y hall  el placer frío de los sentidos; buscaba  ngeles y encontr  mugeres; quería libertad y vi  con desprecio la farsa de la tiranía y de la humillación. Nadie hay que como el poeta tenga la facultad de percibir lo bello en la creación; pero tambien nadie hay que como él sienta y sufra con todo lo que para los demas es absolutamente indiferente.

El poeta habla á este mundo de otro mundo mas bello, mas encantador, en que las pasiones no degeneran en delitos, en que el alma es libre para seguir los arranques del amor y del sentimiento. El poeta siente todo lo bello, lo ama, forma su

culto, su adoración, y en medio de sus pesares y de su aislamiento busca una palabra, una mirada, una sonrisa que llene de delicia el alma, como gotas de lluvia que caen en llanuras abrasadas.  C mo goza el poeta, cuando encuentra en el mundo un ser que lo comprenda, (y los que lo comprenden lo aman) cómo goza al mirar que sus palabras no son entonces estériles, que no se pierden en el olvido, sino que producen un pensamiento, una idea viva y ardiente, que evocan la simpatía, que en fin establecen una relación entre su espíritu y el de otro ser que siente y que piensa como él! El hombre que recorre tierras extranjeras, sin lograr que nadie haga caso de sus palabras, que no encuentra quien entienda la lengua de su patria, goza si hay uno solo que le hable en el dulce idioma de su infancia. . . . Así el poeta, goza cuando encuentra otra alma de poeta, otra alma que conozca lo bello y lo sublime, otra imaginación que vuele rauda y vigorosa, otro corazón que sienta, que sufra, que se agite al ímpetu de pasiones generosas.

Por eso los poetas se aman como hermanos, y las vibraciones de sus liras se corresponden y se mezclan, y sus pechos sufren y gozan con los pesares y los placeres de los otros poetas. Todos son aves vagabundas, pájaros perdidos, y cada uno de ellos se complace en oír un canto lejano, uno de esos cantos que él tambien entona adolorido. . . .

Y él poeta que gime y que padece, que llora y que duda, que es en fin el tipo de la sensibilidad y del aislamiento, habla, y sus palabras hieren la fibra de todos los corazones capaces de pasiones y de ternura. El poeta sufre,  cu ntas almas lloran sus martirios, cuántas se duelen de sus desgracias!